



Ab jove principium

Ab jove principium. Y también nosotros tendremos que empezar por allí; por aquel punto inexistente del que nace toda cosa: pero no será en los cielos donde haya que buscar a nuestro Júpiter, sino allí donde está, en los lugares más terrenos y oscuros, en los abismos húmedos y maternos. Se parece mucho más a un gusano que a un águila, pero encontrará muy pronto sus águilas heráldicas, y las preferirá a cualquier otro blasón o enseña, porque así evitará, de una vez para siempre, ser devorado por las águilas verdaderas.

Metáforas aparte, no podremos entender nada de lo humano si no partimos del sentido de lo *sagrado*: el más ambiguo, profundo, vermaquilino de los sentidos; la oscura y continua negación de la libertad y del arte, y, a la vez, por contraste, el continuo generador de la libertad y del arte. Ni podremos entender nada de lo social si no partimos del sentido de lo *religioso*, este hijo poco respetuoso de lo sagrado.

¿Cuál es el proceso de toda religión? Cambiar lo *sagrado* en *sacrificial*: quitarle el carácter de inexpresable, transformándolo en hechos y en palabras; hacer de los mitos, ritos; de la informe turgencia, un pájaro sacramental; del deseo,





matrimonio; del suicidio sagrado, homicidio consagrado. Religión es *relegación*. Relegación del dios al vínculo de las formas, de las evocaciones, de las oraciones, para que no huya siguiendo su naturaleza inasible. Lo sagrado, que es el aspecto mismo del terror, se hace ley para salvarse de sí mismo. La anarquía pura deviene pura tiranía. Relegación del hombre, en cuanto ser libre, al vínculo mismo de lo sagrado, y al vínculo recíproco de la comunidad frente a la divinidad. No hay plebe sin rey: no hay masa sin Dios. Si es falso afirmar que toda sociedad nace de una relación religiosa, es cierto, sin embargo, que toda monarquía es religiosa. Todo rey, grande o pequeño o mínimo o familiar, es una majestad sagrada: un ser de divina ambigüedad, que no tiene nombre verdadero, sino solo un nombre simbólico y heráldico (un número), que vive escondido y quizá no existe, o que existe menos cuanto más aparece. No es de extrañar que los antiquísimos reyes, los reyes verdaderos, fueran animales o fuerzas indeterminadas de la naturaleza: la China fue gobernada por reyes dragones, reyes tigres, reyes demonios, y Egipto por sus dioses-reyes con cabeza de perro.

Cuanto más aflore a la conciencia lo sagrado informe, tanto más inciertas, terrenales y múltiples serán las formas religiosas en las que encuentre finalidad y refugio. Cuanto más se relegue lo sagrado a lo profundo, a lo oculto, tanto mayor será la altura a que se alcen los dioses en el cielo. Cuando en nosotros lo sagrado se reduzca a un punto vivo pero remotísimo, a un centro solo y oculto, el Dios único se esconderá más allá de las nubes, fuera del tiempo y del espacio, en la trascendencia absoluta. Y cuando hasta ese punto remoto sea olvidado, y de la masa brote la persona, también Dios perderá la existencia, los cielos azules de los





días y las negras noches mudarán su color de ojos que miran y se convertirán en campos de serena contemplación o, humanamente tempestuosos, aéreos espejos del alma.

Así también los reyes, y los ídolos. Serán, en los tiempos sagrados, monstruos, piedras, árboles, y espantosas oscuridades ambiguas; en tiempos más religiosos, pastores, patricios, animales, y después monarcas e imágenes; y hasta, cuando a un Luis se le impone el gorro rojo, reyes constitucionales, y reyes muertos, e idolatradas guillotinas. Pero los raros tiempos de libertad olvidan a los reyes, sepultan a los ídolos. Estos tiempos, y los otros (no es necesario decirlo), no son históricos, sino individuales y coexistentes: todo hombre nace del caos y puede volver a perderse en el caos, sale de la masa para diferenciarse, y puede perder su forma y reabsorberse en la masa. Pero los únicos momentos vivos en los hombres singulares, los únicos periodos de alta civilización en la historia son aquellos en que los dos procesos opuestos de diferenciación y de indiferenciación encuentran un punto de mediación y coexisten en el acto creador.

¿Qué es lo indiferenciado, y cuáles son sus relaciones con lo sagrado? El mito de la generación a partir del caos está, en verdad, lleno de sentido. Existe un indistinto originario, común a todos los hombres, fluyente en la eternidad, naturaleza de cada aspecto del mundo, espíritu de cada ser del mundo, memoria de todo tiempo del mundo. De tal indistinto surgen los individuos, movidos por una oscura libertad para separarse de ello y cobrar forma, para singularizarse, continuamente empujados, también, por una oscura necesidad, a reunirse en ello. Este doble esfuerzo está entre dos muertes: la caótica prenatal, y el natural apagarse y terminar. Pero muerte verdadera es solo el alejamiento total del flujo de lo indiferenciado, vacía razón





egoísta, abstracta libertad; y, en sentido opuesto, la incapacidad total para diferenciarse, mística oscuridad bestial, servidumbre de lo inexpresable.

Es aquí donde hay que encontrar la distinción entre acción y acontecimiento. El *fluir* de lo indiferenciado es *naturaleza* inefable y oscura, y sus suspiros son terremotos y volcanes y tempestades y constelaciones; y la infalible inconsciencia del insecto. La acción es, por el contrario, fruto de la diferenciación completa: el individuo, separado del todo, se mueve para darse forma, y solo a él le es comprensible su movimiento. El *acontecimiento* es, por su parte, el producto de la actividad humana en cuanto creadora, rica así en el mismo momento de diferenciación e indiferenciación, de individualidad y universalidad: tanto más individual cuanto más supraindividual, tanto más universal cuanto más intensa y singular, libre y necesaria a la vez, comprensible a todos por su naturaleza común e indistinta; trascendente a cada uno en tanto distinto e individual, pero en la que todos, en su individuación, participan libremente y aportan conciencia.

El sentimiento, y el terror, de la trascendencia de lo indistinto, el espanto de lo determinado en quien está en el esfuerzo de autocrearse y de separarse: esto es *lo sagrado*.

Religión es la sustitución de lo inexpresable indiferenciado por símbolos, por imágenes reales y concretas, de forma que permita relegar lo sagrado fuera de la conciencia, ofreciéndole objetos finitos y liberadores. Lo que es común al hombre y al lobo es, por su desmesurada indeterminación, un espanto, hasta que una imagen totémica lo transforma en una adoración soportable. Lo que es común al hombre y al hombre es un pecado misterioso, originario y nunca cometido, una transgresión de un límite, y de todos los





límites, y la angustia de lo ilimitado; hasta que un dios hombre venga a liberarnos de todo ello, poniéndose en nuestro lugar, tomando la carga sobre sí.

La Religión es, pues, así considerada, un medio del proceso de individualización; pero un medio que tiende, para liberar al espíritu del sentimiento terrorífico de la trascendencia, a sustituir esta por símbolos visibles, *ídolos*.

El hombre no está solo, frente al cielo y a sí mismo. Ante el yo está el *otro*; todos los otros, la humanidad. Toda relación humana, antes de ser libre, es sagrada y religiosa, puesto que solo es posible si el yo es el otro, si se identifica con él. El individuo acabado tiende a separarse y a vivir autónomo: el contacto con los otros solo es posible a través de lo que es común a todos, a través de lo indiferenciado, que, con su permanencia, hace comprensibles todas las diferenciaciones. Una relación verdaderamente humana es, pues, siempre un retorno al origen; a la timidez y al pudor, en consecuencia. El miedo a la mujer es un espanto sagrado, porque en el acto amoroso se pierde toda memoria personal al volver a sumergirse en la indistinta memoria universal de las aguas del Caos.

Si toda verdadera relación humana genera el sentido de lo sagrado, la liberación provisional será religiosa; y habrá de consistir en la sustitución del hombre por su símbolo, su ídolo. Este es el origen de los nombres, de los apellidos familiares, de las enseñas, de las banderas. Cualquier hombre que no sea lo bastante libre para poder comunicar con otro sin perderse, prefiere a la relación humana real una relación puramente simbólica, para la cual ya no es necesario salir de sí mismo. Y cada uno llega incluso a hacer de sí un ídolo, porque teme, si se entrega a exploraciones demasiado íntimas, tocar profundidades misteriosas y disolverse en ellas.





Y eso que es verdad en las relaciones entre los hombres individuales, es igualmente verdad en las relaciones entre el hombre y la sociedad y el Estado; no solo porque también estas son relaciones humanas, sino porque la sociedad y el Estado son, frente al hombre que no los sienta como expresiones de la propia libertad, trascendentes e incomprensibles. Cuanto más lejano esté el Estado del hombre individual, cuanto más complejo e ilimitado y leviatánico sea, tanto más generará el sentido de lo sagrado. Para liberarnos de él, sociedad y Estado se convertirán en dioses.

En el primer núcleo social, en el primitivo Estado familiar, el Padre es el dios. Con su deificación cesa toda relación verdaderamente humana con la familia. Se recluye en su morada, y apenas aparece; puede bendecir o maldecir, y tiene el derecho de muerte, que es un derecho heroico, no humano. Cualquier intento de relación más estrecha con el padre es a la vez anárquico y ateo, y de aquí el horror a los incestos. Puesto que Lot no puede, como Júpiter, transformarse en toro, en nube, en lluvia de oro para unirse milagrosamente con la mujer, ya que sus medios son puramente naturales, el incesto le priva de las características divinas y de la autoridad. El mayor de los delitos políticos es el de Cam, el hijo de Noé, que descubre las vergüenzas de este, porque quiere ver al padre en lo que tiene de humano. La ambigüedad, la oscilación entre el padre verdadero y a imagen del padre-dios, y el sentido de profanación que entraña el ver a aquel en este, constituyen gran parte del origen de los complejos paternos. (Para los complejos maternos que, en ocasiones, tienen el mismo mecanismo, se trata probablemente, por el contrario, de una condición exactamente opuesta: la madre y el hijo siguen siendo casi físicamente





una sola cosa; el intento de apartamiento y de divinización fracasa y el complejo nace de este intento fallido.)

La divinización del padre (y los complejos derivados de ella) durará hasta que termine la infancia del hijo, hasta que este, al mirar dentro de sí, no se vea igual al padre, totalmente hombre. La divinización del Estado (y la servidumbre derivada de ella) durará hasta que acabe la infancia social, hasta que cada hombre, al mirar hacia sí mismo, vuelva a encontrar, en la propia complejidad, todo el Estado, y, en la propia libertad, su necesidad. El acto del hijo de Noé es, pues, realmente un sacrilegio y un delito político, porque se encontraba todavía en la infancia y no buscaba en sí mismo al padre y al Estado, sino que seguía considerando a ambos como dioses, y a sí mismo como hijo y esclavo rebelde, no hombre liberado.

El Estado-ídolo es así, a la vez, el signo de relaciones humanas verdaderas y de la incapacidad de instituir las libremente; de la naturaleza sagrada de estas relaciones y de la incapacidad de diferenciarlas sin esterilizarlas: es el signo, sobre todo, del terror al hombre que hay en el hombre. Terror de sí mismo, que es la más arraigada de las idolatrías, puesto que su fuente está siempre presente, y la más monstruosa, porque es enteramente humana. Pero presupone también el sentimiento de una absoluta identidad de los hombres, el pánico ante la imposibilidad de distinguirse como *personas*: el sentimiento de la *masa*, de la humanidad informe, en donde todo límite individual es arbitrario, porque los individuos no tienen confines reales. Lo opuesto a esto es el individualismo abstracto, donde se pierde todo sentido de la comunidad, y donde no solo el Estado no es deificado, sino que ni siquiera existe, porque no existen *pasiones*. Este ateísmo es tan mortal como aquella idolatría.





Lo importante no es estar libres *de las* pasiones, sino ser libres *en las* pasiones. Porque la pasión es el lugar del contacto del individuo con lo universal indiferenciado, es el fecundo sueño inmortal, el eterno retorno a una indistinción anterior; y el problema es ser nosotros mismos, ser libres en este retorno necesario.

El individualismo abstracto, la fuga de las pasiones, la incapacidad de dormir, es esterilidad. El terror a la pasión, el miedo a dormir, el horror a la oscuridad de la noche del que nos sentimos formados y que ninguna luz alumbra, es la atroz religión del Estado. E igual que ningún «acto fáustico» será sueño y pasión, ninguno de los miles de gritos de « ¡despertad!» dirigidos a un pueblo le liberará de su torpe sueño, y de los monstruos adorados. Solo el proceso de madurez interior hará del animal totémico, del padre intangible y de la majestad sagrada amables recuerdos decorativos; y los templos de Marte, de Vesta y de Jano, y los rancios ceremoniales ingleses, recordarán a los pueblos adultos que han sido niños; y se velará por las memorias y los mitos, que permanecerán en las costumbres y en el lenguaje, pero ya tan lejanos que se habrán hecho incomprensibles. Cualquiera de nuestras palabras está penetrada de religiones apagadas, y un vuelo de pájaros nos conmueve porque en otro tiempo (otro, mas no concluido todavía) fue un signo.

Esto es igualmente cierto en un plano personal y en un plano histórico: lo que ha sido puede volver, lo que está oculto puede reafloar a la conciencia, como reaparecen las playas al retirarse la marea.

